

Hoy sólo tenemos que hacer la lectura del texto. No hay que contestar a preguntas

SÉPTIMA PARTE

—Deja esa estupidez, que tengo que hacerte una observación importante.

La señora Bartolotti se puso a escucharle en vez de apretar el botón del televisor. Pero no le hizo una observación importante, sino cien mil observaciones importantes, y cuando por fin terminó, era más de medianoche. La señora Bartolotti bostezó, dijo «Adiós, Egoncito», dio al señor Egon la llave de la casa y se fue a la cama de puntillas, para no despertar a Konrad. Aunque tenía mucho sueño, no podía dormirse. Las importantes observaciones del señor Egon le rondaban en la cabeza.

—¡Tienes que cambiar radicalmente y ser más ordenada, más maternal y más formal!

Tienes que ser seria y no andar más por ahí vestida de un modo tan extravagante.

Tienes, de ahora en adelante, que hacer la limpieza, preparar la comida con regularidad y cuidarte de decir sólo cosas que sean buenas y útiles para un muchacho de siete años.

Tienes que, tienes que, tienes que...

Esta letanía le había dado dos mil vueltas en la cabeza y se le habían revuelto las cien mil observaciones de Egon. Se durmió, pero aún en el sueño más profundo, la señora Bartolotti lanzaba gemidos y murmuraba:

—Tienes que, tienes que...

A la mañana siguiente, la señora Bartolotti se despertó mucho más temprano que de costumbre. Se restregó los ojos y miró la cama de Konrad. La cama estaba vacía. La señora Bartolotti se asustó. Saltó de la cama —durante un momento creyó que Konrad había sido simplemente un sueño— y corrió al cuarto de estar. Vio a Konrad sentado en su rincón de juegos. Estaba lavado y peinado.

Colocaba las piezas del juego de construcciones, una tras otra. Al mismo tiempo, decía:

—Estas son las unidades, éstas son las decenas y éstas son las centenas.

—Konrad, ¿qué estás haciendo?

—Hago ejercicios de aritmética —contestó Konrad—. Tendré que ir mañana a la escuela, y conviene que esté preparando como es debido.

—Como es debido, como es debido —murmuró la señora Bartolotti camino de la cocina, y añadió, cuando estuvo segura de que Konrad ya no podía oírlo—, no soporto esas palabras. Son tan desagradables como serio, metódico, formal. ¡Demonio, qué asco!

La señora Bartolotti tenía una lista completa de palabras que no le gustaban. Además de como es debido, formal, serio y metódico, no le gustaban propósito, razonable, cotidiano, instructivo, decoroso, comedimiento, costumbre, ama de casa, apropiado y pertinente.

La señora Bartolotti preparó café y huevos pasados por agua,

hizo una tortilla de frambuesa especialmente para Konrad, y entre tanto pensaba en las desagradables y repugnantes palabras.

También pensó en las cien mil observaciones de Egon, mientras despejaba la mesa de la cocina. Extendió sobre la mesa un mantel verde floreado y sacó del armario del cuarto de estar el servicio de plástico para veinticuatro personas (claro que sólo una doceava parte). Como no tenía flores en casa, colocó en el centro de la mesa un jarrito con un ramillete de puerros y perejil. Contempló la masa del desayuno y pensó: hasta Egon me elogiaría en estos momentos.

Nadie podría preparar una mesa para el desayuno de un modo más conveniente y maternal.

Konrad se tomó el café, la tortilla, el pan con mantequilla y el sándwich de jamón.

—Pues estás hambriento —observó la señora Bartolotti.

—¡Oh, no! —dijo Konrad— estoy llenísimo, casi no puedo más.

—Bueno, pues déjalo ya.

—Perdona; hay que comerse todo lo que hay en la mesa y, sobre todo, lo que hay en el plato —explicó Konrad.

La señora Bartolotti retiró rápidamente los tres últimos panecillos, el jamón y el queso y lo puso sobre el aparador de la cocina. Ya no quedaba nada comestible sobre la mesa. Konrad respiró tranquilo.

Generalmente, la señora Bartolotti trabajaba los domingos. Pero pensó que a un muchacho de siete años le apetecería ir al campo el domingo. A pasear o a jugar a la pelota. Quizá quisiera ir Konrad al parque de atracciones o al zoológico.

Konrad no quería ir. Ni al zoológico, ni al parque de atracciones, ni al campo. Konrad dijo:

—Hoy quiero prepararme para la escuela. Sé hacer cuentas y escribir y leer. Tuvimos un buen curso preescolar. Pero lo que no sé es hasta dónde han llegado los niños de mi edad en el colegio.

Y entonces Konrad preguntó a la señora Bartolotti si sería tan amable de ir a casa de un niño de siete años y pedirle prestados los libros de clase para que él pudiera echarles un vistazo.

—Entonces ¿no quieres ir a la primera clase? —preguntó la señora Bartolotti—. En la primera clase no habrán avanzado mucho, sólo hace un mes que empezó el colegio. En esa clase no se estudia demasiado.

Konrad sacudió la cabeza. Dijo que él no pensaba ir a la primera clase. No sólo era un niño-instantáneo, sino también un niño selecto.

Él era infinitamente más inteligente que el término medio de los niños, por lo que sería una vergüenza que no utilizara adecuadamente su capacidad intelectual. De manera que iría, por lo menos, a la segunda clase.

La señora Bartolotti volvió a suspirar y salió. Bajó corriendo al primer piso —ella vivía en el segundo— y tocó el timbre de la puerta que había exactamente debajo de la suya. Allí vivía la familia Rusika, y Kitty. Rusika tenía siete años e iba a la segunda clase. El señor Rusika abrió la puerta. Detrás del señor Rusika asomó Kitty y la miró con curiosidad. Detrás de Kitty, asomó la señora Rusika y la miró con más curiosidad. La señora Bartolotti nunca había hablado con los Rusika, aunque había unos cinco años que los Rusika vivían en la casa. Por lo general, la señora Bartolotti no hablaba mucho con las personas que vivían en la casa, porque esas personas no querían hablar mucho con ella. Las personas de la casa consideraban «rara» a la señora Bartolotti por sus curiosos vestidos, por los múltiples colores de su cara y porque, a veces, hablaba consigo misma por la escalera.

La señora Bartolotti no tenía la menor idea de que la consideraban una «persona rara», pero como los tres Rusika la estaban mirando llenos de curiosidad, tuvo la sensación de que el favor que iba a pedir tenía que sonar bastante extraño. ¿Qué persona adulta pide prestados libros escolares?

—¿Qué desea usted? —preguntó el señor Rusika.

En la cabeza de la señora Bartolotti las ideas giraban en todas direcciones tratando de hallar una buena mentira. Se le ocurrió, por ejemplo: mi sobrino ha venido a verme y quiere leer algo. O también: tengo que tejer una alfombra en la que debo poner algo de un libro de texto, y en la página 23 del libro de aritmética hay un bonito dibujo.

—¿Qué desea usted? —volvió a preguntar el señor Rusika.

A la señora Bartolotti le parecieron tontas todas las mentiras que se le habían ocurrido. Por eso, dijo la verdad.

—Perdone, mi hijo tiene que empezar mañana a ir a la escuela y le gustaría repasar antes los libros de texto. Como su hija también está en la segunda clase, pensé si sería tan amable de prestárselos por esta tarde. Yo se los devolveré a la noche.

El señor y la señora Rusika eran personas bien educadas, y como las personas bien educadas tienen por costumbre, no preguntaron mucho. Claro que parecían bastante confusos y asombrados, pero dijeron a coro:

—Sí, sí, con mucho gusto.

Kitty Rusika era una niña bien educada, pero todavía no lo era tanto como una persona mayor. En los siete años que llevaba en el mundo, aún no había llegado a comprender todas las formas de la buena educación, y por eso preguntó:

¿Tiene usted un hijo, señora Bartolotti?

—¡Chsss! —susurró la señora Rusika, y añadió en voz más baja

— No se preguntan esas cosas.

Kitty asintió, corrió a su cuarto y trajo el libro de lectura y el libro de aritmética. La señora Bartolotti cogió los dos libros, dio las gracias y se fue escalera arriba. El señor Rusika cerró la puerta de su casa.

—No se han sorprendido nada —se dijo la señora Bartolotti, mientras abría su puerta—. ¿Y por qué habrían de sorprenderse? Al fin y al cabo es una cosa de lo más normal que una señora tenga un hijo. Pero si la señora Bartolotti hubiera podido ver a través del suelo, habría descubierto que, al parecer, había muchas cosas en ella y en su hijo que causaban asombro. La familia Rusika seguía en el vestíbulo, junto a la puerta de entrada. Los tres Rusika miraban la puerta embobados y murmuraban:

—¡Tiene un hijo! ¡Un hijo de siete años! Es cosa de locos ¡Tiene un hijo!

Entonces, la señora Rusika resopló por la nariz escandalizada y dijo:

—Si ella tiene un hijo, yo soy cura.

Y el señor Rusika dijo:

—Y si es verdad, ¿cómo es que no tiene libros de texto? Y si tiene siete años, ¿cómo es que empieza mañana a ir a la escuela?

Y Kitti Rusika dijo:

—¿Puedo subir luego a ver al hijo?

—Tú no puedes ir a casa porque ella no te ha invitado —dijo la señora Rusika.

—Puedo ir a recoger mis libros —respondió Kitti Rusika.

—Sí, esa es una posibilidad —dijo el señor Rusika—. Pero no muy pronto. Parecería curiosidad. A la tarde puedes subir.

Konrad se alegró mucho de poder ver el libro de lectura y el libro de aritmética. Pero se quedó aterrado cuando vio los monigotes y florecillas que Kitti había pintado en los márgenes del libro de aritmética. Y en el libro de lectura, todas las O mayúsculas estaban pintadas de colores.

—¿Pueden hacer esto los niños? —preguntó.

La señora Bartolotti no estaba segura. En su época, dijo, los niños no podían hacerlo.

—Pero de esto hace ya mucho tiempo —dijo—. Quizá, desde entonces, haya cambiado todo en la escuela.

—Será eso —respondió Konrad.

La señora Bartolotti trajo a Konrad un lápiz, una pluma estilográfica y mucho papel rayado y cuadriculado, y Konrad se puso a hacer cuentas, a hojear los libros, a leer en voz alta y en voz baja, a anotar palabras y frases, mientras hacía gestos de asentimiento con la cabeza.

La señora Bartolotti empezó a sentirse inútil y decidió irse a tejer el largo fleco de la alfombra verde. Hacía ya dos semanas que tenía que haber entregado esa alfombra. Tejer flecos era un trabajo aburrido y por eso, la señora Bartolotti lo aplazaba de un día para otro y de una semana para otra. Aplazaba los trabajos aburridos hasta que necesitaba con urgencia dinero. ¡Y ahora lo necesitaba con mucha urgencia! Se había gastado todo su dinero en ropa para Konrad.

La señora Bartolotti fue a buscar un ovillo de lana verde y una tabla. Enrollaba la lana en torno a la tabla y, con las tijeras grandes, cortaba todas las hebras. Así conseguía un grueso manojo de hebras, todas igual de largas.

—Criatura, coge ahora la aguja de gancho y empieza a introducir los flecos —dijo para sí la señora Bartolotti.

—En seguida, madre —contestó Konrad.

Pasó un rato hasta que la señora Bartolotti hubo explicado a Konrad que no se refería a él con lo de «criatura», y cuando Konrad acababa de comprenderlo sonó el timbre de la puerta. Konrad corrió a abrir y volvió con el señor Egon.

—¿Tú? —exclamó la señora Bartolotti— ¿qué haces tú aquí?

—¿Cómo? —preguntó el señor Egon—. Espero que no os estorbaré.

—Claro que no estorbas —dijo la señora Bartolotti—, pero sábado fue ayer y martes es pasado mañana.

—Eso ya no importa. Ahora soy el padre —explicó el señor Egon.

—¡Ah! Sí, sí, es por eso —murmuró la señora Bartolotti, tosiendo ligeramente—. Por favor, ¿con qué frecuencia tiene que venir un padre? —preguntó luego.

—Siempre que pueda.

La señora Bartolotti pensó que el señor Egon, aparte de tener que estar en la farmacia durante ocho horas, no tenía otra cosa que hacer. No tenía una mujer, ni un amigo, ni hijos —excepto Konrad— no jugaba al tenis, no iba al fútbol, no leía, no veía la televisión, no paseaba y no jugaba al ajedrez.

—Pues tú puedes con mucha frecuencia —dijo la señora Bartolotti sin mostrar mucho entusiasmo.

—Naturalmente —clamó el señor Egon, mostrando mucho entusiasmo—, estaremos juntos todos los minutos libres. Claro está que sólo cuando Konrad no esté durmiendo. Mientras duerme no necesita en absoluto a su padre.

Mientras introducía un fleco tras otro en el grueso borde de la alfombra con ayuda de la aguja de gancho, la señora Bartolotti deseaba con fervor que Konrad tuviera un sueño bueno, profundo y, sobre todo, muy largo.

El señor Egon examinó a Konrad de aritmética. No sólo le preguntó los ejercicios de las primeras páginas, sino también los difíciles de las últimas. Konrad sabía hacer todas las operaciones.

La mayoría de las veces obtenía el resultado más rápido incluso que el señor Egon. Konrad sabía leer como una persona mayor, e igualmente sabía escribir de modo irreprochable.

—El niño no debe ir a la primera clase, ni a la segunda clase — exclamó el señor Egon lleno de entusiasmo—, el niño debe ir a la tercera o a la cuarta clase.

—Un niño de siete años no puede ir a la cuarta clase —dijo la señora Bartolotti, mientras, llena de irritación, tiraba de una hebra de lana que no quería pasar por el borde de la alfombra.

—¡Si es tan inteligente como mi Konrad, sí!

La señora Bartolotti soltó la hebra de lana.

—¿Tu Konrad? ¿Cómo que tu Konrad?

—Perdona, quise decir nuestro Konrad.

—Mi Konrad, me parece a mí —gritó la señora Bartolotti en un tono bastante mordaz.

—No vamos a reñir, y menos delante del niño, Bertita —dijo el señor Egon.

La señora Bartolotti asintió, volvió a agarrar la hebra de lana y tiró.

—A pesar de todo, un niño de siete años, por muy inteligente que sea, no puede ir a la cuarta clase. No lo admiten.

—Entonces tendrán que darle una clase especial. Para inteligencias excepcionales tiene que ser posible una cosa así.

—Por favor —dijo Konrad—, por favor, yo no quiero una clase especial. Sin duda eso no es correcto. Me adaptaré muy bien a la segunda clase. En la escuela no sólo enseñan a leer, a escribir y a hacer cuentas. También enseñan a adaptarse a una comunidad, y enseñan a cantar y a dibujar y a hacer gimnasia. Todavía no he hecho nada de eso. Me gustaría mucho hacerlo.

—Bueno, si tú lo crees así —dijo el señor Egon—, pues a mí me parece bien.

En el libro de lectura descubrió Konrad algunas cosas de las que no tenía idea. No sabía qué era una campanilla de invierno, no sabía qué era un San Nicolás, ni un Niño Dios, y tampoco sabía qué era una rosa o un clavel. Ni había oído hablar nunca de una iglesia.

En primer lugar, el señor Egon disertó sobre San Nicolás y sobre el Niño Dios. Konrad escuchaba atentamente. Cuando el señor Egon terminó su discurso, Konrad miró el papel en el que había estado todo el tiempo tomando notas, y dijo:

—Ahora, yo lo repito. El Niño Dios tiene alas, viene del cielo y desciende volando para traer regalos, los niños pobres reciben pocos y los muy pobres no reciben nada. San Nicolás no tiene alas, sino un báculo de oro. Él llega tres semanas antes que el Niño Dios y reparte de modo parecido. ¿Es así?

La señora Bartolotti contenía la risa. El señor Egon tartamudeó:

—Pues..., pues mira, Konrad, yo creo..., creo que no lo he explicado con claridad, ¿sabes?... verás...

—No cuentes patrañas, Egoncito —le interrumpió la señora

Bartolotti que se puso a explicar a Konrad—: Nada de lo que ha dicho, absolutamente nada, es cierto. No hay un Niño Dios, ni un San Nicolás y tampoco hay una liebre de Pascua.

—Perdón, ¿una qué? —preguntó Konrad.

—¡Una liebre de Pascua! —clamó la señora Bartolotti—. Todo eso son cosas que los padres, o los abuelos, o los tíos cuentan a los niños.

—Y ¿por qué hacen eso?

La señora Bartolotti se encogió de hombros.

—¡Pues qué sé yo! Creo que a las personas mayores les satisface enormemente embaucar a los niños. Entonces se creen muy inteligentes y muy astutos...

—Bueno, Bertita, tengo que rogarte... —trató de interrumpir el señor Egon.

—Déjame terminar —gritó la señora Bartolotti—. Lo que digo es la pura verdad. Los mayores continuamente quieren engañar a los niños. Siempre les están haciendo ver qué formidables y qué inteligentes, qué astutos y qué buenos son...

—¡Vamos, Bertita, ya está bien! Así no se habla delante de los niños —dijo en voz baja el señor Egon—. Modérate, por favor, Berti.

—Lo que es verdad, es verdad —bufó la señora Bartolotti—, ¡y también es verdad para los niños!

—Vamos, Bertita, tengamos paz —rogó el señor Egon.

—Me crispas los nervios —resopló la señora Bartolotti.

El señor Egon lanzó un suspiro y decidió ir a dar un paseo con Konrad.

—Primero iremos a ver una iglesia y luego a una tienda de flores a ver si hay en el escaparate rosas, claveles y campanillas de invierno. Venga, Konrad, coge tu gorro, y vámonos, que mamá no está hoy de muy buen humor.

Konrad cogió su gorra y dijo:

—Ya estoy dispuesto, padre. Hasta luego, madre.

Y se marchó con el señor Egon.

La señora Bartolotti los miró enfurecida e irritada. Después de cerrarse la puerta de la calle, se dijo a sí misma:

—Encontrarse con un hijo, bueno, está bien. No tengo nada en contra. Pero el padre me da rabia. A él no lo necesito. ¡Y tampoco lo he buscado!

Ese día ya no ocurrió mucho más. Kitty Rusika vino a pedir sus libros y le decepcionó mucho que el hijo de la señora Bartolotti se hubiera ido de paseo con su padre. Se quedó un rato en casa de la señora Bartolotti porque pensó que quizá volviera pronto su hijo.

Después de haber estado una media hora sentada en el cuarto de estar con la señora Bartolotti, y de haber mirado y leído el libro con ilustraciones de Konrad, y de haber peinado los rubios cabellos de la preciosa muñeca, volvió a sonar el timbre de la puerta. Esta vez era la señora Rusika, que dijo:

—Le pido mil perdones por el rato que lleva molestándole mi hija.

Sólo le dimos permiso para recoger sus libros.

Esto lo dijo con voz almibarada y luego, con voz airada, dijo a Kitty:

—Ven inmediatamente. La cena se está enfriando. No hay que quedarse tanto tiempo cuando uno no ha sido invitado.

La señora Bartolotti aseguró que en su casa se podía estar todo el tiempo que uno quisiera, aunque no hubiera sido invitado.

—No, no, esos no son modales —dijo la señora Rusika, de nuevo con voz almibarada.

La señora Bartolotti quería regalar a Kitty la muñeca rubia, pero la señora Rusika manifestó que no se deben aceptar regalos tan caros.

—¡Ni se te ocurra! —gritó a Kitty, que quería coger la muñeca.

La señora Bartolotti dijo:

—Pero es que nosotros no la necesitamos.

Kitty exclamó:

—¡Por favor, mamá, por favor!

La señora Rusika respondió:

—No puede ser. Yo no puedo aceptarlo, de veras que no, esto no puede ser.

Unas trece veces se repitió este ir y venir y toma y daca, hasta que a la señora Bartolotti se le acabó la paciencia y soltó:

—Usted no tiene que aceptar nada, es su hija, ¡y ella sí quiere!

Y entonces Kitty chilló:

—¡Eso es, claro que sí! ¡Yo quiero!

Y se apoderó de la muñeca. Tan apretada la abrazaba Kitty que la señora Rusika comprendió que no la devolvería. Por eso dijo, con su voz almibarada:

—En ese caso Kitty, expresa tu agradecimiento.

Kitty expresó su agradecimiento, puesto que dijo «Muchas gracias» y la señora Rusika empujó a Kitty hacía fuera. Al salir, dijo por tercera vez:

—Pero de verdad que no era necesario.

La señora Bartolotti cerró la puerta y pensó que la gente era, en realidad, muy complicada y muy, muy molesta.

De pronto recordó que tenía que hacer la cena y que no tenía nada en casa para cenar. Y se le ocurrió que podían salir a cenar fuera, por ejemplo steak a la pimienta con setas y patatas. Pero cayó en la cuenta de que esto era imposible porque ni en la cartera, ni en la bolsa de piel, ni en el estuche, ni en el monedero quedaba dinero. La señora Bartolotti ya estaba acostumbrada a tales situaciones. No le importaba quedarse una noche sin cenar. Pero las cien mil observaciones de Egon volvieron a darle vueltas en la cabeza.

—Criatura —se dijo—, como buena madre tendrías que tener para tu querido Konrad una cena sabrosa, adecuada y como es debido.

La señora Bartolotti se sentó en la mecedora del cuarto de estar.

Encendió un cigarro y esperó que, a la tercera vez de hacer una triple aspiración del humo, se le ocurriera algo. Al mismo tiempo se mecía. Sólo se le ocurrió algo a la quinta triple aspiración. Y fue lo siguiente: El bueno de Egon quería ser padre a toda costa. Ahora era ya el padre de Konrad. Un padre tiene que costear los gastos de su hijo. ¡Pues bien! Eso se llama alimentos. Egon tiene que pagar los alimentos, y precisamente esta tarde. Yo cogeré el dinero y nos iremos a cenar.

Esto es lo que se le ocurrió a la señora Bartolotti. Y cuando Egon y Konrad volvieron a casa después de su paseo, la señora Bartolotti en seguida le comunicó a Egon su idea. Egon puso una cara un tanto cómica, luego tartamudeó que no estaba preparado para eso, que no llevaba tanto dinero encima.

—Dame al menos un anticipo —dijo la señora Bartolotti.

El señor Egon sacó doscientos chelines y la señora Bartolotti se contentó con ello, pues, por doscientos chelines, se podían tomar dos steaks a la pimienta con setas y patatas princesa y, después, dos helados de frambuesa con almíbar de manzana.

Así que la señora Bartolotti y Konrad se fueron al restaurante «La gamuza infatigable», y el señor Egon se marchó a su casa.

En cuanto volvieron del restaurante, Konrad se fue a la cama. La señora Bartolotti aún se quedó tejiendo un metro del fleco de la alfombra verde.

—Gracias a esto, mañana volveremos a tener dinero en casa — dijo.

Y ese día ya no ocurrió nada más. Pero al día siguiente, lunes, ocurrieron toda clase de cosas.